

“Entrevista con Ana María Matute: ‘Recuperar otra vez cierta inocencia.’” *Anales de la literatura española contemporánea* 10.1-3 (1985): 237-247.

ENTREVISTA CON ANA MARIA MATUTE: «RECUPERAR OTRA VEZ CIERTA INOCENCIA»

MICHAEL SCOTT DOYLE
University of New Orleans

Conocida y aplaudida durante más de tres décadas por sus novelas, cuentos y libros para niños, Ana María Matute sigue siendo uno de los escritores españoles más célebres del mundo.¹ En España Ana María Matute ha recibido numerosos honores literarios a lo largo de su carrera, entre ellos el Premio de la Crítica, el Planeta, el Nadal, el Fastenrath de la Real Academia y dos veces el Nacional de Literatura.² Pero su fama es mundial no sólo por sus muchos lectores en lengua española, sino porque la obra de Ana María ha contribuido a su vez a la literatura en tan diversas lenguas como el inglés, el francés, el italiano, el alemán, el ruso, el hebreo y el japonés.³ También Ana María Matute ha traducido al español obras clásicas—de Andersen, los Grimm y Mark Twain—en el género infantil, enriqueciendo así el cuerpo de literatura en lengua española.⁴

A fines de 1983 tuve la oportunidad de hablar con Ana María Matute en su casa en Barcelona. Nuestro encuentro venía poco después que apareciera su nuevo libro para niños, *Sólo un pie descalzo*.⁵ Era su primera publicación desde *El aprendiz*, también para niños, en 1972. Sentía curiosidad por el largo silencio que rompía con su nueva publicación—librito encantador lleno de humor, pero cruel, nostálgico. Además de querer hablar con ella de su nuevo libro, deseaba preguntarle por la literatura en sí (qué es para ella) y por el lector (quién es esta entidad para ella). Nuestra conversación empezó con ella expresando cuán importante había sido Hans Chris-

quién me va a leer. Ya me he ido, me voy a mi mundo, me remonto a mi lugar en el mundo. Oigo cosas, oigo voces, ecos, música. Está dentro de mí y está remotamente en mí. Pero en mí siempre. Yo nada más creo que el lector ideal para mí es el lector honesto porque va a recorrer una gran aventura conmigo, sabiendo que puede salir malparado, como yo. Que va a crear *su* libro, conmigo. Porque yo nada más voy a dar indicios, pistas. Nadie puede imponer un mundo que además no existe, que existe sólo para el escritor, a otro. Tiene que dar unas pistas para que, si quiere, comparta ese mundo, naturalmente transformado por él—por el lector—a su entender. Transformado, deformado, mejorado ... eso no se sabe. Yo no puedo darle al lector más de lo que le voy a dar. Ahora, eso sí, se lo doy todo, todo lo mío. Y el que da lo que tiene, da más de lo que tiene. Y el lector tiene que saber encontrar eso.

MSD. Después de once años de silencio has publicado un nuevo libro para niños, *Sólo un pie descalzo*. ¿Por qué dejaste de publicar después de *El aprendiz* en 1972?

Matute. Bueno, no los había contado. Para mí fue un minuto, o como trescientos mil años, es igual. Tengo un concepto del tiempo muy diferente. Esto, el día que salga *Gudú* (una novela larga que lleva más de diez años escribiendo Ana María Matute) se podría explicar. Dos mil años un minuto, un minuto...

Pues, dejé de publicar porque me sentía muy deprimida y no tenía nada que explicar, no tenía nada que decir. Aunque tampoco es exactamente eso, porque tenía tantas cosas que explicar, tantas cosas que decir, que me las prefería callar. Cuando hay o una esperanza o muchos sufrimientos—pero un sufrimiento siempre enfocado a una esperanza—las cosas tienen un sentido. Ahora, cuando tú, de repente un día, piensas que escribir no sirve para nada, entonces empiezas a pensar que ni desde el punto de vista social, ni político, ni familiar, ni personal, es decir, todas las cosas que el ser humano va verificando mejor o peor en su vida, y tú los pones en escribir porque piensas que son importantes, y tienes una frase aquí metida... Pues un día esto se me derribó, y pensé que los que pueden de verdad son los que tienen las barricadas, el parlamento y los que tienen el dinero. Estuve muy deprimida.

MSD. ¿También habías dejado completamente de escribir durante esa década y un año de no publicar?

Matute. No, yo no puedo dejar de escribir jamás porque yo vivo escribiendo, vivo escribiendo por dentro. Todo lo que yo pienso, siento y vivo es escribir. Siempre. No tengo otra forma. Soy muy tarada yo, y el escritor,

tian Andersen en su carrera literaria.

MSD. En la colección de manuscritos tuyos que guarda la Mugar Memorial Library de Boston University, consta que empezaste a escribir a los cinco años de edad. ¿Hubo un momento en aquel entonces cuando te dijiste que serías algún día escritor?

Matute. Sí. Yo me dije que sería escritor con los primeros libros de cuentos que tuve. Para mí en este sentido es fundamental Andersen. Cuando yo empecé a leer a escondidas en la noche, porque no nos dejaban tener la luz encendida, pues con una luz debajo de la sábana—como han hecho el noventa por ciento de los niños del mundo—yo empecé allí a vivir mi verdadera vida. Y cuando leía «Hans Christian Andersen,» yo pensaba «Ana María Matute.»

MSD. ¿Tienes ahora una definición de esta cosa llamada «literatura,» ya que has hecho de ella toda una carrera?

Matute. Lo que es la literatura en sí mismo, quién lo puede decir. Cada escritor explicará lo que es para él. Para mí la palabra «literatura» llegó muy tarde y siempre, además, adornada de algo que yo no estaba haciendo. Luego resultó que sí, que estaba haciendo «literatura.» Pero yo no sabía. Nunca me he preguntado eso. Para mí lo que se llama literatura no tiene una explicación concreta. Yo lo único que sé es que no puedo vivir sin escribir. Cuando era niña y el mundo me rechazaba, yo empecé a escribir para inventarme el mundo. Y sigo haciéndolo. Es una forma de estar en el mundo. Escribir es vivir, vivir en un mundo que yo me he inventado.

MSD. Recuerdo que dijiste en una conferencia en la University of Virginia que la literatura es «una suerte de luz roja encendida en la conciencia del lector que le induce, a su vez, a plantearse preguntas, protestas y reflexiones.» Dijiste en esa ocasión que la literatura le servía al lector para que él mismo elaborara «su propia protesta, su propia duda o reafirmación.» Cuando escribes ahora, ¿es el mismo libro de protesta?

Matute. Creo que sí. Pero cambia, siempre cambia. En el mundo hay tres o cuatro problemas y uno de ellos es Caín y Abel, quizá el más fuerte. Pero cuando yo escribo un libro, yo no sé si está allí la protesta de Caín y Abel. Yo lo escribo también por otras razones, por otras protestas. Cambia la palabra protesta por malestar.

MSD. También dijiste en Virginia que «un libro no existe en tanto alguien no lo lee.» ¿Piensas en tus posibles lectores cuando escribes? ¿Hay una especie de lector ideal para ti?

Matute. Bueno, cuando yo estoy escribiendo yo no pienso jamás en

no olvides, en el fondo siempre es un gran tarado. Es un tarado que no puede vivir la vida de los demás. De alguna manera, de alguna forma, se siente expulsado, se siente excluido, se siente marginado, y como no puede vivir la vida de los demás, pues empieza a escribir, arranca a escribir. Yo seguía escribiendo por dentro.

MSD. ¿Qué significa para ti *Sólo un pie descalzo*, volver a publicar lo que escribes?

Matute. Mira, lo acabo de descubrir en este momento. Es que me hice profundamente vieja. Envejecí totalmente, envejecí por dentro. No está mal morir, no está mal ser antiguo o tener arrugas. Pero el alma que se apaga, eso es terrible. Eso es envejecer. Con *Sólo un pie descalzo* se ha vuelto a encender de nuevo, de otra manera, pero se ha vuelto a encender. Tiene otra llama, tiene otra luz, tiene otro fuego. Ya no es tan impulsivo, ya no es tan crédulo, y sabe muy bien que hay que cuidar mucho para que no venga un viento y lo apague. *Sólo un pie descalzo* es recuperar otra vez cierta inocencia.

MSD. Hablemos un poco de este nuevo libro tuyo. ¿Cómo nació *Sólo un pie descalzo*?

Matute. Empecé otra vez a escribir y pensé en un libro que es *Gnomo*. Pero había dos cosas raras en ese libro que no acababa de ver bien claras. Realmente era un libro para adultos y lo es. Pero había una parte que yo no podía silenciar. Me acuerdo que una noche salimos mi marido y yo y le dije, «Mira, me pasa esto con aquel libro,» y estaba muy preocupada, «porque hay como dos libros en uno.» Y me dijo, «Pues, es muy sencillo. Haz un libro para niños y otro para adultos.» *Sólo un pie descalzo* es *Gnomo* para los niños, pero una parte solamente, la primera, la de la niña cuando es muy niña. Esa parte son algunas cosas que sobrarían en *Gnomo*. Me he reservado muchas cosas para *Gnomo* porque *Gnomo* es *mi* libro. *Sólo un pie descalzo* es decir a los niños, porque son tan bonitos, que las cosas de *Gnomo* pueden ocurrir, para que se vayan preparando, ¿no?, porque algún día, de una manera u otra, les va a llegar.

MSD. Al leer *Sólo un pie descalzo* se nota en seguida ese elemento de lo fantástico que está en todos tus libros para niños. La fantasía está también en tu última colección de cuentos, *Algunos muchachos* (1968), y en tu última novela, *La torre vigía* (1971). Y parece que habrá mucha fantasía en *Gnomo*, la novela que estás terminando ahora. ¿Se podría decir que tu obra desemboca cada vez más en el terreno de lo fantástico?

Matute. Es que yo siempre he vivido en ese mundo. Lo que pasa es que cuando entré ya en el mundo literario y empecé a conocer a escritores y a

MSD. Hay un personaje central en *Sólo un pie descalzo*, la cocinera Tomasa. Sabe preparar unas croquetas fabulosas, y haces una comparación entre este talento y el que ella supiera contar muy bien cuentos a los niños. ¿Es autobiográfico esto?

Matute. Sí, Tomasa existía...hasta cierto punto. Es un lío porque yo recuerdo que mi madre me había hablado mucho de otra cocinera que tenían ellos, Tomasa. No la conocí porque se había muerto. Me acuerdo también de Isabel, nuestra cocinera cuando éramos niños. La cocinera de *Sólo un pie descalzo* es una mezcla de Tomasa e Isabel. Mira, nunca es todo, nunca es textual, nunca es exacto porque también uno, sin darse cuenta, va deformando. Yo estoy segura de que con las personas que he conocido de niña me ocurriría como cuando vuelvo a ver las casas, los muebles y los objetos de cuando era pequeña al cabo de mucho tiempo. Son distintos, son mucho más pequeños. A veces han perdido todo su encanto, a veces lo han aumentado muchísimo. Pero no son los mismos de cuando una los veía cuando era pequeña. ¿Cómo vas a decir, «Y fulanito era mengañito»? Pues ya, sí, pero no, no era *así*. Yo lo veía *así*, *para mí fue así*. Para otro fue de otra manera.

En cuanto a las croquetas a las que te refieres, nunca he vuelto a comer jamás otras croquetas iguales. La cocinera en casa hacía unas croquetas curruscantes por fuera, doradas, y dentro blanditas, aromáticas y deliciosas.

MSD. Y en *Sólo un pie descalzo* éstas las comparas con el talento de contar cuentos.

Matute. Sí, sabía contar nuestra cocinera las cosas tan bien porque las contaba como las cuenta el pueblo. Porque los cuentos vienen del pueblo, como vienen de allí las leyendas. Y el pueblo deforma, como los escritores, la verdad. Como el escritor deforma la verdad de su vida, el pueblo deforma la verdad de su *entourage*, y de sí mismo quizá también. Yo me acuerdo de los cuentos que nos contaba Isabel con un lenguaje primitivo pero contundente, de una fuerza increíble. Además, ¡cómo se nos quedaban, se nos atravesaban para toda la vida! ¡Todos los cuentos del mundo sabía! Y luego cuando he leído cuentos y más cuentos siempre he encontrado alguno que Isabel me lo contó de otra forma, pero era el mismo cuento, siempre el mismo. Es curioso—es como un perfume, como un eco o un viento que te llega, que conoces y te repite una cosa. Aunque tenga formas externas diferentes, en el fondo la raíz es la misma.

Isabel tenía una imaginación increíble. Era la fantasía más desbocada, más loca... Sufrias mucho mientras ellas contaba sus cuentos pero siempre

oir conferencias y teorías literarias, pues en esos momentos yo pensé que esto era algo que yo tenía que frenar como un caballo. Entonces yo empecé a pensar que yo tenía demasiada fantasía. Solamente dos o tres personas importantes me dijeron que no. Pero veía que ya el mundo iba hacia otros derroteros. Luego había otra cosa muy importante, que era que a mi alrededor se desplegaba un mundo que yo no había podido comprender antes de la guerra porque no me lo habían enseñado. Pero desde la guerra yo empecé a entrever que había otras gentes, otros mundos, otros problemas que no eran de nuestra clase social. En Mansilla (donde se pasó Matute gran parte de su juventud, en Castilla la Vieja) siempre lo había visto, pero yo lo consideraba una cosa de campo. Además, había un poco de rebote contra mi ambiente, contra mis amigos, contra mis padres, contra mi clase social, que era natural y lógico. Entonces, pues, me dije a mí misma con una severidad «No, Ana María, frena tu fantasía, éstas son cosas que pertenecen a tu infancia y a tu mundo secreto.» Y me aguantaba. Pero salió porque yo no me podía aguantar, porque yo era así y yo escribía así. Entonces llegó la etapa aquella del realismo social, y yo estaba escribiendo *Primera memoria*... Sin embargo, había realmente un problema social allí también. Es que está en todo lo que yo he escrito, hasta de niña, el primer cuento, cuando tenía cinco años, del niño y el duende. Allí hay un problema, no social digamos—todos los problemas son sociales—sino de injusticia. Una de las cosas que más me han dolido y dañado desde niña es la injusticia. Y la injusticia está siempre en todos mis libros. Sale por allí como una herida incurable. Entonces creo que me inspiró en la injusticia, la angustia de vivir en un mundo donde se da valor a unas cosas que son falsas y se desprecian otras que son auténticas. O bien en el abuso de la fuerza contra la debilidad, de la astucia contra la inocencia, de la zorrería contra la inteligencia. Porque la inteligencia no suele ser lista, pero el astuto, ¡cómo se come al inteligente a veces! Y todo esto está junto con lo que llamas mi fantasía.

MSD. Hay un fuerte elemento autobiográfico en *Sólo un pie descalzo*.

Matute. Escribir este librito era una liberación de unas vivencias infantiles que yo no me había atrevido a explicar claramente nunca de una manera tan directa, como, por ejemplo, todo lo que fue para mí la discriminación que yo sufrí en mi infancia por parte de mi familia, de mis hermanos, inconscientemente, porque ellos no tenían ninguna culpa. Seguramente era yo la culpable porque yo era la niña *rara*. Lo importante son los hechos; lo que queda de los hechos, las consecuencias de los hechos. La tristeza o alegría de los hechos, o el vacío.

pensabas que eso se iba a acabar. No sabías que el sufrimiento es la única forma de vida verdadera, que realmente el sufrimiento es vivir. Por eso he tenido que escribir *Gnomo*.

MSD. *Sólo un pie descalzo* parece ser en parte una antología de tus lecturas de niña, de Peter Pan y Wendy, de Alicia, de los Grimm y de Andersen. El bosque es un personaje y los objetos de la casa tienen su propia voz.

Matute. Sí, y en los libros que yo escribía cuando era pequeña eso estaba. Pero está en *Gnomo* también, mejor, y en *Gudú*. Yo siempre hablo con los objetos y ellos me hablan a mí. No hay nada que no tenga su vida. ¿Conoces la dedicatoria de *Gudú*? «A Hans Christian Andersen, a Jakob y Wilhelm Grimm, a Lewis Carroll: a todo lo que olvidé, a todo lo que perdí.» *Gudú* es mi testamento. Para mí es una herencia.

Mira, cuando se tienen seis años y las únicas personas que te responden son los árboles, las ramas, los helechos y la hierba, los castaños, el viento... Son tus amigos. Te explican tantas cosas junto con Andersen y con otros. Tú vas comprendiendo otros lenguajes, otras voces, otros ecos. Los vas entendiendo e integrando. Yo tenía siete años cuando pensaba estas cosas, no con estas palabras sino con otras. Ojalá pudiera encontrar de nuevo las palabras con que yo me lo decía a mí misma. Yo sí, entonces, conocía el famoso lenguaje de los pájaros.

Está mucho mejor en *Gnomo* porque es un libro que ocurre casi todo debajo de unas enormes lunas, unas veces doradas, otras veces no, con unos encuentros insólitos, con caballos, en un lago y, además, en los bosques. Hay pájaros escondidos en los huecos de los árboles que gritan en la noche. Y la luna es como un diente de león que se sopla y va por encima de las montañas. Y los milanos. Yo he visto todo esto. Todos tan relacionados entre ellos, y se aman tanto y no lo saben. ¡Pero cómo se enteran al final! Es la historia del momento en que se enlaza la agonía con el despertar, porque hay un momento exacto en la vida, exacto. Puede ser un niño que se hace adolescente. Puede ser un hombre que se hace viejo. Pero es así. El misterio de la vida está, yo creo, en la línea exacta, finísima, en que se unen la agonía y el despertar.

MSD. En *Sólo un pie descalzo* son importantes también los objetos la cocina y del desván.

Matute. Claro, porque son las cosas del mundo de los niños burgueses de mi época. Ese mundo se limitaba a las visitas de mamá y papá—porque eran visitas, no encuentros. O bien el mundo del cuarto de plancha. El cuarto de plancha era un centro increíble. Todo lo que yo he oído en un cuarto de plancha, y las ideas que yo tenía de lo que oía y de lo que decían.

Es que no sabéis lo que es ser una niña o un niño de la época mía donde no nos dejaban salir a la calle jamás solos, donde íbamos al colegio de la mano de la criada. Luego volvías a casa y nunca estaban papá y mamá, pero estaba Anastasia (la criada) y te daba la merienda. Y entonces tú te metías allí y oías todo lo que las criadas hablaban. Ese mundo, ¡cómo era! ¡Y los libros de cuentos! Con los guerreros y los príncipes y las princesas durmientes, los príncipes cisnes, los magos y los novios de las criadas, todo mezclado. Y yo me acuerdo que nadie me miraba porque tenía una facilidad para hacerme invisible. «Esta es muy pícaro,» me decían. «Nunca la encuentro y siempre está allí.» Me escondía. Tenía un talento para eso, lo había aprendido a fuerza de desengaños. Yo de pequeña miraba, oía y lo veía. Mi mundo era absolutamente loco, claro, entre los «bandidos» de las criadas y los cuentos que leía y las realidades de mi madre que me decía, «Las niñas...»

MSD. Si, todo esto también está en *Sólo un pie descalzo*: la niña Gabriela que se esconde de los demás, el mundo de las criadas y su importancia para Gabriela, el cuarto de plancha... Pero los objetos que hablan en este librito sólo tienen una voz por su contacto con las personas, y esta voz se apaga con el olvido de los humanos.

Matute. Exactamente. Es como cuando se sienten presencias, como cuando se sienten ausencias. Si los niños recordaran de mayores todo lo que saben de niños, puede que las cosas fueran mejor. Pero tristemente se olvidan. Y, como Gabriela, solamente a veces—cuando se pierde un zapato, por decirlo de alguna manera—se recuperan momentos, instantes de aquel resplandor. Porque todo permanece de alguna manera en quienes lo vivieron y dónde se vivió. Y cómo se vivió.

MSD. ¿Tiene alguna importancia especial el «Cuarto de los Castigos» en *Sólo un pie descalzo*?

Matute. El cuarto de los castigos era mi paraíso porque allí yo me inventaba la vida. Allí empecé a escribir, a vivir mi verdadera vida. Mi vida como niña era completamente marginada. Comprendo, el hambre es terrible. Pero los niños burgueses lo pasan muy mal a veces también. Muy mal. Recuerdo que me encerraban de pequeña en un cuarto oscuro porque se creían que me iban a castigar, y lo único que me daban era la gran felicidad de saber que la oscuridad resplandece.

MSD. Quisiera volver, antes de terminar, a un tema tuyo favorito—Caín y Abel. Parece que lo relacionas de alguna manera con el mundo de los niños y con la pérdida y la nostalgia.

Matute. Sí, no tienes más que abrir cualquier libro mío y encontrarás eso allí. Es *Primera memoria*, es *La trampa*, es todo lo que he escrito en mi

vida. Está en *Gnomo* y también está en *Sólo un pie descalzo*, pero de manera muy velada.

Cain vio que Abel era su imagen más bella en el mundo, lo que él hubiera querido parecer a los demás. Y sabía que Abel iba a crecer y que iba a ser mayor como los demás. Y al mismo tiempo tuvo envidia, profunda envidia. No la envidia pequeña y mediocre del que él tiene yo quiero. No, era la envidia de Dios, el hambre y la sed de Dios. Dios no acepta mis sacrificios, acepta los de Abel porque Abel es mi más bella imagen. Entonces él tuvo tan enorme amor por Abel que se convirtió en odio. Y mató su más bella imagen porque sabía que si no lo mataba él, lo mataría la decepción, las arrugas, la vejez y los desengaños. Y se dijo, «Abel será siempre un niño hermoso y bello cuyos sacrificios Dios acepta.» Y entonces mató a Abel—esto es una teoría matutiana—para que no se convirtiera en Cain. Porque Cain fue el primer niño del mundo, y el primer niño del mundo es un asesino. Todos los niños del mundo asesinan su más bella imagen—la infancia.

MSD. También has dicho, y aquí hay una especie de paradoja, que Cain no mató a Abel, sino que Abel mató a Cain.

Matute. Sí, exactamente. Cain piensa que Abel se está haciendo un hombre. Y no es que envidiara tanto a Abel; es que lo amaba tanto. Amaba tanto su propia imagen de pureza que tuvo que matar a Abel para que no se convirtiera en alguien como Cain. Cain es esa línea en que el adolescente se convierte en hombre, pero aun no es hombre, ni es niño. Y después de haber hecho esta buenísima acción, tuvo como recompensa vagar al este del Edén.

MSD. Cara y cruz, una doble muerte, Cain y Abel.

Matute. *Sans doute.* He tenido que darme esta explicación porque si no, no lo entiendo. La pureza de Abel, la pureza de su propia imagen de niño, mató a Cain, como a todos nosotros, como a ti y a mí. Nos ha matado saber que somos... Tú sabes ese día, una mañana cuando nos despertamos y decimos: «Ay, pero ese juego ya no me gustaba, qué tonto es.» Estamos espionando a los mayores no para reírnos, sino para imitarlos. Es el primer paso del egoísmo, no el egoísmo infantil que es una cosa natural. Es muy difícil de explicar. El primer día que uno piensa que es el hombre contra el hombre, ya la infancia está muerta. Porque el niño, cuando le quita una cosa a otro niño, sabe que ese niño la va a recuperar en seguida porque tendrá suficiente riqueza espiritual para inventarse otra igual o mejor. El adulto no; se la quita a otro para apropiarse de él, para hacerlo su esclavo. Es la gran diferencia entre los adultos y los niños. Los niños se quitan cosas

como en un juego. La infancia es como un divino juego, es un juego sagrado y maravilloso. Mira cómo se manifiesta la adolescencia con granos, con pus, con pelos en la cara. Con esa mirada huidiza que tienen los adolescentes, que son los seres humanos más enternecedores del mundo porque te das cuenta de lo que están sufriendo, porque se agarran a su infancia y no tienen como meta más allá que ser adultos. Esa lucha entre la infancia y ser adulto es terrible. Esto fue el gran drama de Cain. Entonces dijo, «No, mi hermanito nunca pasará esto.» Y lo odió y lo amó y lo mató. Y se mató. Porque fue él mismo, su infancia representada en Abel, que lo mató. Y se hizo un hombre y vagó, como todos nosotros, al este del Eden. Con la tremenda soledad de Cain.

MSD. Fascinante teoría, y bonita, triste. Para cerrar por ahora, quisiera preguntarte si estás contenta con lo que has escrito en tu vida, si estás satisfecha como escritora.

Matute. Siempre hay muchísimos peldaños mucho más abajo de lo que se dice, después de haberlo pensado y pensado, y pulido y repulido, y haber dado esa cosa mágica que tiene el escribir. Pero cuando lees y te acuerdas de cómo lo pensabas y cómo lo sentías y cómo lo veías, es tan inferior. Jamás, jamás se podrá escribir como se piensa y como se siente. Jamás se podrá hablar como de veras se piensa y se siente. Por eso los seres humanos no nos entendemos. Un poco más escribiendo, pero no mucho, por lo visto. ¡Qué pobreza de la palabra!

NOTAS

1. Hasta la fecha, Ana María Matute ha publicado veintiséis libros: nueve novelas, nueve colecciones de cuentos y ocho libros para niños. Las novelas son: *Los Abel* (1948), *Fiesta al noroeste* (1953), *Pequeño teatro* (1954), *En esta tierra* (1955), *Los hijos muertos* (1958), *Primera memoria* (1960), *Los soldados lloran de noche* (1964), *La trampa* (1969) y *La torre vigía* (1971). Las colecciones de cuentos: *Los niños tontos* (1956), *El tiempo* (1956), *A la mitad del camino* (1961), *El arrepentido y otras narraciones* (1961), *Tres y un sueño* (1961), *Libro de juegos para los niños de los otros* (1961), *Historias de la Artámila* (1961), *El río* (1963) y *Algunos muchachos* (1968). Para niños: *El país de la pizarra* (1960), *Paulina* (1960), *Caballito loco* (1961), *El saltamontes verde* (1961), *El polizón de Ulises* (1964), *Carnavalito* (1972), *El aprendiz* (1972) y *Sólo un pie descalzo* (1983). Matute ha sido escritora en residencia en tres universidades norteamericanas, las de Indiana (1965), Oklahoma (1969) y

Virginia (1978) y ha dado conferencias en más de 45 universidades y congresos en países tan diversos como Estados Unidos, Canadá, Rusia, Finlandia, Suecia, Taiwan, Alemania y Argentina.

2. Ana María Matute ha gando los siguientes premios literarios en España: Café Gijón, 1952, por *Fiesta al noroeste*; Planeta, 1954, por *Pequeño teatro*; de la Crítica, 1958, por *Los hijos muertos*; Nacional de Literatura, 1959, por *Los hijos muertos*; Nadal, 1959, por *Primera memoria*; Lazarillo, 1965, por *El polizón de Ulises*; Fastenrath de la Real Academia, 1969, por *Los soldados lloran de noche*; Aro de Plata, 1981, por su obra infantil; y el Nacional de Literatura Infantil, 1984, por *Sólo un pie descalzo*. En 1970 fue finalista para el Premio Andersen de Literatura Infantil en París; recibió una mención de «Autor especialmente recomendado» para el mismo en Lisboa, 1972.

3. En sus archivos en Barcelona Ana María Matute me enseñó una bibliografía incompleta de las traducciones de sus libros. Para finales de 1983, habían aparecido unas 91 traducciones de sus libros en los veintitrés idiomas siguientes: alemán (13), búlgaro (2), checo (5), danés (1), eslovaco (2), esperanto (1), estoniano (1), finlandés (3), francés (11), hebreo (1), holandés (4), húngaro (5), inglés (5), italiano (5), japonés (3), lituano (1), noruego (4), polaco (3), portugués (2), rumano (2), ruso (7), sueco (6) y ucraniano (3). Sus libros más traducidos, en orden, han sido: *Primera memoria*, 16 traducciones; *Los soldados lloran de noche*, 10 traducciones; *El polizón de Ulises*, 9 traducciones; *La trampa*, 8 traducciones; *Fiesta al noroeste* y *Paulina*, 7 traducciones de cada libro.

4. En 1979, publicadas por el Instituto Parramón Ediciones en Barcelona, salieron las siguientes traducciones por Ana María Matute: *A pillo, pillo y medio* (de los Grimm), *La gallina ha encontrado un cornetín* (de Daniel Boulanger), *Historia del pequeño Esteban Girard* (de Mark Twain), *Por qué la mar es salada* (de Paul Sebillot), *La vendedora de cerillas* (de H.C. Andersen) y *El zorro que perdió la cola* (de Esopo).

5. *Sólo un pie descalzo* (Barcelona: Editorial Lumen, 1983).